



CAPÍTULO XXI

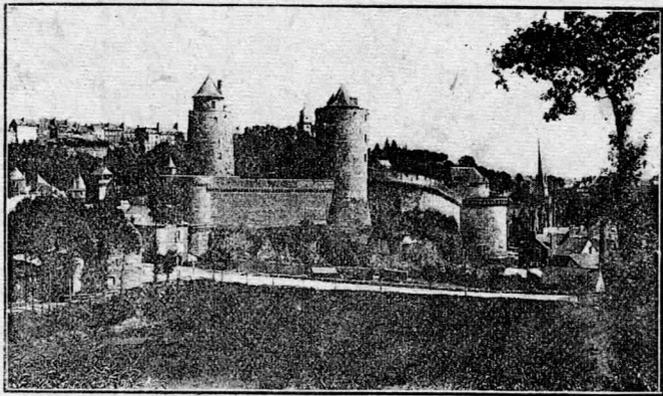
La guerra — La invasión es rechazada

DESPUÉS de la traición de Dumouriez y del arresto de los jefes girondinos, la República tuvo que emprender un nuevo trabajo de reorganización de sus ejércitos sobre una base democrática, y necesitó renovar todo el mando superior para reemplazar los jefes girondinos y realistas por republicanos montañeses.

Tan difíciles eran las condiciones en que se realizaba esa renovación, que únicamente la salvaje energía de una nación en revolución fué capaz de llevarlo a buen término frente a una invasión, a levantamientos interiores y al trabajo subterráneo de las conspiraciones que se hacían en toda Francia por los poseedores para reducir por hambre los ejércitos de descamisados y entregarlos al ene-

migo. Porque casi todas las administraciones de los departamentos y de los distritos, que permanecían en manos de fuldenses y giron-dinos, hacían todo lo posible para que provisiones y municiones no llegaran a los ejércitos.

Se necesitó todo el genio de la Revolución y toda la audacia juvenil de un pueblo despertado de su largo sueño, de toda la fe de los revolucionarios en un porvenir de Igualdad, para llevar a buen fin la lucha titánica que los descamisados tuvieron que sostener contra



EL CASTILLO DE FOUGÈRES

la invasión y la traición. Pero ¡cuántas veces el pueblo, extenuado, estuvo a punto de sucumbir!

Si hoy la guerra puede asolar y arruinar provincias enteras, considérese los estragos que causaría más de un siglo atrás en una población mucho más pobre. En los departamentos próximos al teatro de la guerra se habían cortado los trigos, casi todo en verde, para forrajes. La mayor parte de los caballos y animales de tiro eran requisionados en todo el territorio dond^e operaban los catorce ejércitos de la República. El pan y todo lo necesario faltaba a los soldados, a los pobres de las ciudades y a los campesinos. En Bretaña y en Alsacia, los representantes en misión se vieron obligados a pedir a los habitantes de ciertas ciudades, como Brest o Strasburgo, que se descalzaran para enviar sus zapatos a los soldados. Todos los

cueros estaban requisionados, lo mismo que los zapateros, para construir calzado, pero siempre faltaban zapatos y se distribuían zuecos a los soldados. Hasta se crearon comités para requisionar en el vecindario, como se hizo en el distrito de Strasburgo, «las baterías de cocina, calderas, hornillos, cacerolas y otros objetos de cobre y plomo, lo mismo que los cobres y plomos no trabajados».

En Strasburgo, los representantes y el Ayuntamiento se vieron obligados a pedir a los habitantes vestidos, camisas, sábanas y man-



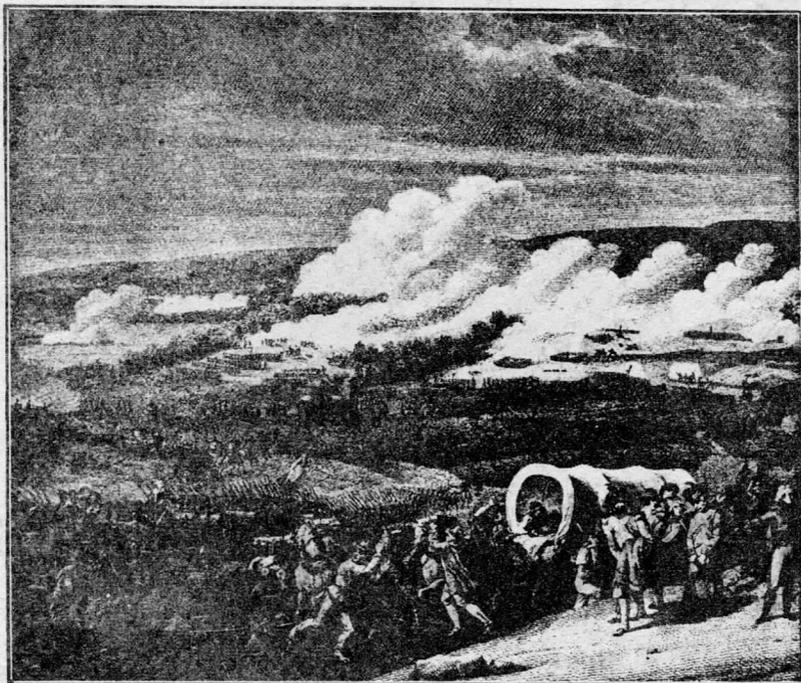
EJÉRCITO REPUBLICANO EN MARCHA

tas para vestir a los voluntarios desnudos, y también camas en las casas particulares para cuidar a los heridos. Pero todo eso era todavía insuficiente, y los convencionales en misión se vieron forzados a imponer pesados impuestos revolucionarios que hacían pagar sobre todo a los ricos. Así ocurrió en Alsacia, donde los grandes señores no querían renunciar a sus derechos feudales, para cuya defensa se había armado Austria. En el Mediodía, en Narbona, uno de los representantes de la Convención se vió obligado a requerir a todos los ciudadanos y las ciudadanas de la ciudad para descargar las barcas y cargar los carros que habían de transportar forrajes para el ejército (1).

No obstante, poco a poco fué reorganizándose el ejército: se eli-

(1) Conviene decir que, a pesar de todo lo que los historiadores reaccionarios refieren sobre el Terror, se vió, según documentos que constan en los archivos, que únicamente los descamisados y algunas jóvenes ciudadanas acudieron al llamamiento patriótico, y que ningún *muscadin* y ninguna *muscadine* comparecieron al muelle del canal, por lo que el representante se limitó a imponer a los ricos un «donativo patriótico» a beneficio de los pobres.

minaron los generales girondinos, siendo reemplazados por jóvenes. Véase por todas partes hombres nuevos, que no habían hecho un oficio de la guerra y que llegaban a los ejércitos con todo el entusiasmo de un pueblo en revolución. Pronto crearon una nueva táctica,

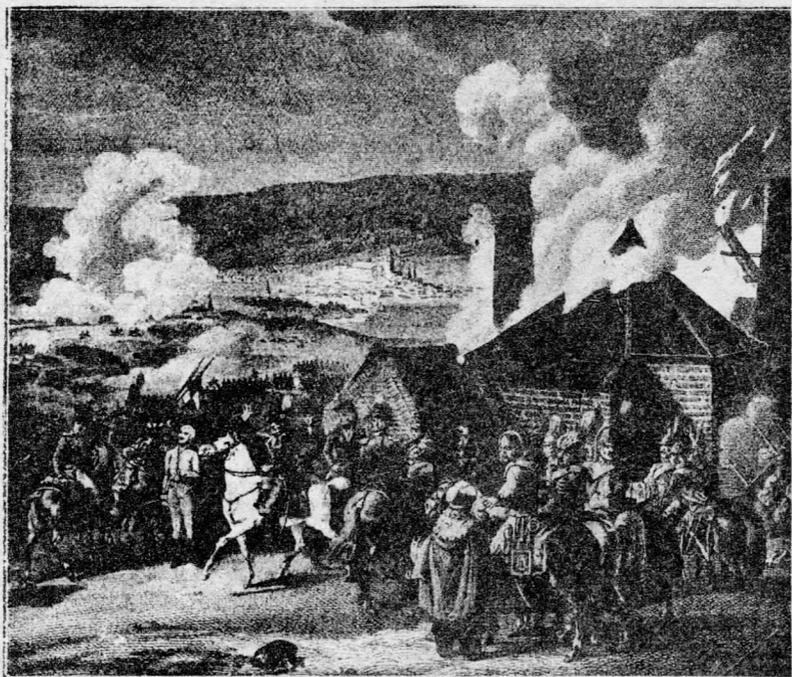


BATALLA

que después se atribuyó a Napoleón: la táctica de las marchas rápidas y de las grandes masas que aplastaban al enemigo en sus separados cuerpos de ejército, antes de dejarles operar su unión. Vestidos con harapos, frecuentemente hambrientos y descalzos, pero inspirados por el fuego sagrado de la Revolución y de la Igualdad, los voluntarios de 1793 alcanzaban victorias donde la derrota parecía segura. Al mismo tiempo los comisarios de la Convención desplegaban inmensa energía para alimentar, vestir y transportar esos ejércitos. Hubo, sin duda, entre aquellos convencionales viciosos como Cambaceres; tontos, que se rodearon del fausto que des-

pués perdió a Bonaparte; hubo convencionarios, pero fueron raras excepciones. Casi todos los doscientos convencionales en misión participaron de las miserias y peligros de los soldados.

Todos esos esfuerzos produjeron el triunfo; y después de haber



DE JEMMAPES

(Obra de arte de Horacio Vernet)

atravesado en agosto y septiembre un sombrío período de reveses, los ejércitos republicanos adquirieron preponderancia y contuvieron la invasión al principio del otoño.

En junio, después de la traición de Dumouriez, el ejército del Norte estaba en plena derrota: sus generales se hallaban casi a punto de luchar entre sí, y amenazado por cuatro ejércitos que representaban unos 118.000 hombres ingleses, austriacos, hanoverianos y holandeses. Obligado a abandonar su campo atrincherado y a refugiarse tras el Sarpe, abandonaba las fortalezas de Valen-

ciennes y de Condé al enemigo y abría el camino de París.

Los dos ejércitos que defendían el Mosela y el Rhin apenas contaban 60.000 combatientes, teniendo contra sí 83.000 prusianos y austriacos y un cuerpo de caballería de unos 6.000 emigrados. Custine, cuya adhesión a la República era muy sospechosa, abandonó las posiciones ocupadas en 1792 y dejó a los alemanes ocupar la fortaleza de Maguncia, sobre el Rhin.



EL CONDE DE CUSTINE

Por la parte de Saboya y de Niza, donde había que hacer frente a 40.000 piemonteses, sostenidos por 8.000 austriacos, no había más que el ejército de los Alpes y el de los Alpes Marítimos, ambos en completa desorganización a consecuencia de los levantamientos del Forez, de Lyon y de la Provenza.

Por los Pirineos entraron 23.000 españoles en Francia, y sólo hallaron para resistirles unos diez mil hombres sin cañones y sin provisiones.

Con la ayuda de los emigrados, el ejército español se apoderó de varias fortalezas y amenazó todo el Rosellón.

Inglaterra inauguró en 1793 la táctica que siguió después en las guerras contra Napoleón, consistente en avanzar poco por sí, en ayudar pecuniariamente a las potencias de la coalición y en aprovechar la debilidad de Francia para despojarle de sus colonias y arruinar su comercio al exterior. En junio, de 1793, el gobierno inglés declaró el bloqueo de todos los puertos franceses; y los buques ingleses, en contra de los usos del derecho internacional de la época, detuvieron todos los barcos neutros que aportaban víveres a Francia, y al mismo tiempo que importaban armas y paquetes de proclamas para levantar la Bretaña y la Vendée, preparaban la toma de los puertos de Saint-Malo, Brest, Nantes, Burdeos, Tolón, etc.

En el interior, había cien mil campesinos sublevados y fanatizados por los curas en la Vendée; la Bretaña se hallaba en fermentación y trabajada por los ingleses; la burguesía de las grandes ciudades mercantiles, como Nantes, Burdeos y Marsella estaba furiosa contra la paralización de los «negocios» y se ponía en connivencia con los ingleses; Lyon y la Provenza, en plena rebeldía; el Forez trabajado por los curas y los emigrados, y, en el mismo París, cuantos se habían enriquecido desde 1789 estaban impacientes por acabar con la Revolución y se preparaban a darle el asalto.



UN ANTIGUO DE LOS ANTIGUOS

(Viejo oficial republicano)

En tales condiciones, los aliados se sintieron tan seguros del restablecimiento de la monarquía y del entronizamiento de Luis XVII, que les pareció cuestión de pocas semanas. Fersen, el confidente de María Antonieta, discutía ya con sus amigos la composición del consejo de la regencia, en tanto que se convenía entre Inglaterra, España y Rusia el plan de poner al conde de Artois a la cabeza de los descontentos de Bretaña (1).

Si los aliados se hubieran dirigido directamente a París, hubieran puesto a la Revolución en peligro; pero, sea por temor a un nuevo 2 de septiembre, sea que prefirieran la posesión de las plazas fuertes, se detuvieron en su marcha para apoderarse de Valenciennes y de Maguncia. Maguncia se defendió y no capituló hasta el 22 de

(1) Carta del barón de Stedínck, escrita el 26 de abril en San Petersburgo.

julio. Algunos días antes Condé se entregaba, después de una resistencia de cuatro meses; y el 26 de julio, después de un asalto de los aliados, Valenciennes capitulaba a su vez, con los aplausos de la burguesía, que durante todo el sitio había mantenido relaciones con



LÁZARO HOCHE

el duque de York. Austria tomó posesión de esas dos plazas fuertes.

En el Norte estaba abierto el camino de París desde el 10 de agosto a los aliados, que tenían más de 300.000 hombres entre Ostende y Basilea.

¿Qué retuvo una vez más a los aliados y les impidió marchar contra París para libertar a María Antonieta y al Delfín? ¿Fué el deseo de apoderarse previamente de

las fortalezas? ¿Fué el temor a la resistencia desesperada que podía oponer la Francia republicana? ¿O fué, lo que nos parece más probable, debido a consideraciones de orden diplomático?

No habiéndose publicado aún los documentos diplomáticos de aquella época, nos vemos reducidos a conjeturas. Sabemos, sin embargo, que durante el otoño de 1793, se entablaron negociaciones por el Comité de Salud pública con Austria concernientes a la libertad de María Antonieta, del Delfín, de su hermana y de su tía madama Isabel. Sabemos también que Danton sostuvo hasta 1794 relaciones secretas con los whigs ingleses para detener la invasión inglesa. De un día a otro se esperaba en Inglaterra ver a Fox, el jefe de los whigs,

derribar a Pitt, el jefe de los toris, y llegar al poder; y por dos veces (fin de enero de 1794, cuando la discusión de la respuesta al discurso de la corona, y el 16 de marzo siguiente) se esperaba que el Parlamento inglés se pronunciase contra la continuación de la guerra a Francia (1).

El hecho es que después de sus primeros triunfos los aliados no se dirigieron a París y se dedicaron nuevamente a sitiar fortalezas;



BATALLA DE WATTIGNIES

el duque de York se dirigió a Dunkerque, cuyo sitio comenzó el 24 de agosto, y el duque de Coburgo sitió el Quesnoy.

Eso dió a la República un momento de reposo, y permitió a Bouchotte, ministro de la Guerra, que sucedió a Pache, reorganizar el ejército, reforzado con una leva de 600,000 hombres, y dotarle de jefes republicanos, mientras Carnot, en el Comité de Salud pública, trataba de dar más conjunto a las acciones de los generales, y los convencionales en misión llevaban la tendencia republicana a los ejércitos. Así pasó el mes de agosto, durante cuyo curso los reveses sufridos en la frontera y en la Vendée reanimaron las esperanzas

(1) G. Avenel, *Lundis révolutionnaires*, p. 245. Avenel atribuyó la caída de Danton al fracaso de esa diplomacia, que fué siempre combatida por Robespierre y Barère.

de los realistas y produjeron el desaliento de muchos republicanos.

Sin embargo, desde los primeros días de septiembre de 1793, los ejércitos de la República, excitados por la opinión, tomaron la ofensiva en el Norte, sobre el Rhin y en los Pirineos. Pero si esa nueva táctica tuvo feliz éxito en el Norte, donde el duque de York, furiosamente atacado por los franceses en Hondschoote, se vió obli-



BOMBARDEO DE LYON POR LOS FRANCESES REPUBLICANOS

(Estampa alemana de la época)

gado a levantar el sitio de Dunkerque, fuera de allí dió resultados indecisos.

El Comité de Salud pública se aprovechó de esos resultados para pedir y obtener de la Convención poderes casi dictatoriales « hasta llegar a la paz ». Lo que más contribuyó a detener los progresos de la invasión fué que los soldados, viendo en todas partes nuevos jefes, francamente republicanos, salir de sus filas para llegar en pocos días a los mandos superiores, y estimulados por el ejemplo de los comisarios de la Convención que, también ellos, marchaban espada en mano a la cabeza de las columnas de asalto, hicieron prodigios de valor. El 15 y 16 de octubre, a pesar de grandes pérdidas, los republicanos alcanzaron una primera gran victoria sobre los aus-

triacos en Wattignies, tomada verdaderamente a la bayoneta, puesto que la villa, durante la batalla, cambió de dueño hasta ocho veces. Como consecuencia, los austriacos levantaron el sitio de Maubeuge, y aquella victoria ejerció sobre la marcha de los acontecimientos la misma influencia que la victoria de Valmy en 1792.

Lyon, como ya hemos visto, se rindió en 9 de octubre, y en di-



BONAPARTE EN TOLÓN

ciembre fué recuperado Tolón después de un sitio que comenzó el 8 frimario, año II (28 noviembre 1793) y continuó el 26 frimario (16 diciembre), cuando el reducto inglés y los fuertes de la Eguilette y de Balagnier fueron tomados a viva fuerza. Entonces la escuadra inglesa incendió los buques franceses amarrados en el puerto, lo mismo que los arsenales, canteras y almacenes, y abandonó la rada, entregando a la venganza de los republicanos los realistas que le había entregado Tolón.

Por desgracia la venganza fué furiosa y dejó profundas huellas en los corazones. Ciento cincuenta personas, en su mayor parte oficiales de marina, fueron ametrallados en montón, y después sobrevino la venganza en detalle de los tribunales revolucionarios.

En Alsacia y sobre el Rhin, donde los ejércitos de la República habían de combatir a prusianos y austriacos, se vieron obligados desde el principio a abandonar su línea de defensa alrededor de Wissemburgo, dejando abierto el camino de Strasburgo, donde la burguesía llamó a los austriacos excitándoles a que se presentaran con urgencia a tomar posesión de la ciudad en nombre de Luis XVII. Afortunadamente los austriacos no tenían empeño en reforzar la monarquía en Francia, y así tuvieron tiempo Hoche y Pichegru, ayudados por Saint-Just y Lebas, que representaban a la Convención, de reorganizar el ejército y tomar por sí mismos la ofensiva. Hoche derrotó a los austriacos en Genisberg el 5 nivoso (25 diciembre) y levantó el sitio de Landau.

Llegado el invierno, se terminó la campaña de 1793 sin más acontecimientos que señalar de una y otra parte. Los ejércitos de Austria y de Prusia, de heseses, holandeses, piamonteses y españoles permanecían en las fronteras de Francia; pero el empuje de los aliados se había amortiguado. Prusia quiso retirarse de la alianza; fué preciso que Inglaterra tomase en la Hoya (28 abril 1794) el compromiso de pagar al rey de Prusia la cantidad de 7.500.000 francos y cada año una contribución de 1.250.000 francos, para que éste se comprometiera a sostener un ejército de 62.400 hombres destinados a combatir a Francia.

En la primavera siguiente hubo de comenzar nuevamente la guerra, pero la República pudo ya luchar en condiciones más ventajosas que en 1792 y 1793. Merced al impulso que supo dar a las clases más pobres, la Revolución se libró poco a poco de los enemigos exteriores que trataron de ahogarla: pero al precio de sacrificios, convulsiones interiores, alienación de libertad, que habían de matar esa misma Revolución y entregar la nación al despotismo de un « salvador » militar.